

# 4 AUTORES

## Y SUS CUENTOS

*luis silva b  
renán valdés  
juan radrigán  
alejandro solís*



## EL EXTRAÑO CAMINO

### HACIA EL POLVO

Las agrietadas paredes de mi alma rezumaban amargura. Temblorosos restos de mí, dijeron:

—¿Y el niño?

Ella siguió haciendo sus paquetes. Le repetí la pregunta. Entonces contestó con fastidio:

—¿No hablamos de eso ya?: es tuyo.

Si, me dijo simplemente "es tuyo", como si el niño fuese una cosa sin importancia. Una oleada de odio me estrujo las carnes, mis dedos fueron por un segundo diez fieras ansiosas de muerte. Transpire, creí que iba a ahogarme. Salí al patio, confuso y lleno de miedo; siempre temí dañar-la. ¡La quería tanto y parecía tan frágil!

La noche estaba hermosa: embriagados de luna y de noche los lilos se mecían, la llave del agua, la pileta, la ropa colgada, las piedras; todo parecía

**L**as agrietadas paredes de mi alma rezumaban amargura. Temblorosos restos de mí, dijeron: —¿Y el niño?

Ella siguió haciendo sus paquetes. Le repetí la pregunta. Entonces contestó con fastidio:

—¿No hablamos de eso, ya?: es tuyo.

Sí, me dijo simplemente “es tuyo”, como si el niño fuese una cosa sin importancia. Una oleada de odio me estrujó las carnes, mis dedos fueron por un segundo diez fieras ansiosas de muerte. Transpiré, creí que iba a ahogarme. Salí al patio, confuso y lleno de miedo; siempre temí dañarla. ¡La quería tanto y parecía tan frágil!

La noche estaba hermosa: embriagados de luna y de noche los tilos se mecían, la llave del agua, la pileta, la ropa colgada, las piedras; todo parecía

adormecido de silencio. Corría una brisa tibia, caían algunas hojas. Y sobre la tierra gris del patio, antigua como el tiempo, se arrastraba un pedazo de papel. Más allá, ajeno a todo en su inocencia, nuestro hijo se entretenía: es moreno delgado, un poco triste, tiene el pelo negro y encrespado, como una noche furiosa y sus ojos, iguales a los de ella, son grandes y patéticos como plegarias no escuchadas. Lo estuve mirando un rato. Jugaba con un barquito de papel, el viento lo impelía suavemente sobre el agua turbia de la acequia y él agitaba los brazos.

Encendí un cigarrillo. Lentamente y sin desearlo fui siendo invadido por un mundo de recuerdos. Apreté los puños: no quería recordar, era un dolor inútil, no sacaba nada bueno con verme haciendo los mismos gestos de borracho lastimado. No quería. Pero los oscuros fantasmas de las cosas idas me rodearon sádicamente, metieron sin compasión sus manos heladas en mis carnes y fueron poniendo ante mis ojos desolados uno a uno los espectros de mis anhelos. Todo se presentó de nuevo ante mí con cruel claridad, desde mi nerviosa audacia al salir con ella por primera vez, hasta su última traición. Esta larga serie de amargas imágenes me aplastó. Pensé en la abuela. Ella siempre había dicho que yo sería toda la vida sólo un juguete de los demás. "Eres demasiado bueno,

débil, orgulloso y apasionado" decía. "Te falta fuerza y un poco de maldad para ser feliz". Sí, quizás la abuela hubiese tenido razón. Debí haberla matado la primera vez que la sorprendí en algo malo; pero me dio miedo el quedar solo. Mi vida sin ella no tenía objeto: era demaciado débil para vivir sin amor. Si la felicidad puede ser un poco sucia y agria, yo era completamente feliz teniéndola a mi lado. El tiempo que vivíamos era extraño y angustioso. Todos los días salían amenazas de guerras y crímenes atroces en los diarios, había gran cantidad de mendigos y cesantes en las calles y casi toda la gente se veía disconforme y propensa a la violencia. Poseer, pues, una casa, tener un empleo seguro, poder sonveirle a un niño y estar casado con una mujer, que aunque de no muy buena entraña, era hermosa, era más de lo que uno pod'ía exigir en esa época indecisa y brutal. Estaba dispuesto a seguir así, envuelto en mi triste felicidad. Pero he ahí que de prento ella se iba. Se cansó definitivamente de mí y se iba. Eso estaba mal. Era demasiado contrario a lo que debía hacerse. Ciertamente que tendr'ía razones poderosas para proceder así. Todos somos humanos y deseamos vivir conformes con nosotros mismos — creo que después de todo ésa es la dicha tan afanosamente buscada—, ella no me quería y su existencia a mi lado era un

agobiante anochecer. Es como cuando alguien nace con el don de las matemáticas o la música y debido a diversas circunstancias se ve obligado a ocupar su tiempo en otras cosas. La gente lo ve hacer gestos, caminar y reír y piensa que ese individuo está viviendo plenamente; pero se equivoca, él está muerto, muerto de un modo brutal, por lo que a su cuerpo se refiere está sano, pero por dentro no; por dentro agoniza. Es algo que ni él mismo se puede explicar: es una especie de opresión, un temor inubicable, que atenaza, agarra y no suelta, algo así como un eterno suspenso, cruel, angustioso. Sí, me daba cuenta de todo lo que ella sufría. Pero... ¿y yo? Sin ella sería yo el muerto-vivo. ¿Era egoísmo? ¿Al obligarla a estar a mi lado, destruía yo su vida. ¿Era un verdugo? No, no, era ella quien lo contravenía todo. Era ella quien torcía y ensuciaba la vida convirtiéndola en una sustancia ácida y torturante.

Regresé a la pieza aplastado por un abrumador sentimiento de injusticia. "Creo que no te podrás ir" le dije. Dio vuelta la cara hacia mí, no había temor en sus ojos: estaba segura de vencerme una vez más. "¿Qué ganarás con tenerme a tu lado?", preguntó como hastiada. Le contesté que la quería. Se encogió de hombros. Me senté sobre la cama y me puse a contemplarla. Era incomprendible: paseos, música, promesas, besos; de-

tu boca llena de silencio triste y  
ian correr las manos sobre una carne mórbida y después vivir tratando de olvidar todo éso. Uno se acostaba con una mujer, que también parecía llena de amor y deseos, luego, una vieja e imperiosa necesidad, fatal, ineludible, lo impulsaba a preguntar: "¿Me quieres?" y su vida comenzaba a girar alrededor de la respuesta, cualquiera que esta fuese. Era una vida demasiado estrecha, estúpida; totalmente estúpida. Y lo más desconsolador era el comprender que uno no podía librarse de ese torpe destino: si uno no amaba, sencillamente, no podía vivir. La angustia se extendió por mi interior, como una negra mancha de aceite. "¿Realmente no me quieres" insistí estremecido. Me miró apenas. "Tienes un buen empleo, no te faltará nada, el niño estará bien; estoy tranquila." "No te pregunté éso" dije. "No quiero herirte" respondió. Le aseguré que no me moriría. Entonces dijo resuelta: "Está bien: no te he querido nunca". "Te casaste conmigo" le recordé, sin fuerzas. Hablábamos en voz baja, los dos parecíamos tranquilos. Cualquiera que nos hubiese visto por la ventana hubiera pensado que estábamos planeando un viaje de descanso. Se había puesto una falda ajustada y una blusa blanca sin mangas; era alta y hermosa. Yo la adoraba, sin embargo estaba abriendo la boca para decirle: "Eres una ramera, siempre lo fuiste". Ansiaba besarla, estaba lle-

no de esa hermosa mezcla de deseo y ternura, que es el amor, pero la insultaba, deseaba verla sonreír, pero la hería. Y no era sólo yo quien hacía esto, no, toda la gente procedía igual. "Andate, no me importa" decían, y estaban llorando. Siempre ocultábamos nuestras desnudeces bajo un torrente de palabras. Siempre en lucha sorda contra el temor: el temor al desprecio, al ridículo, al hastío, a la traición, al hambre y a la muerte. Fiera agazapada que nos hacía vivir encerrados en nosotros mismos, rabiosamente empeñados en no entregarnos por temor a ser heridos. En esos momentos yo era el ser más desgraciado de la tierra, el más débil y golpeado. Pero no quería rogar, no quería mostrarme a ella como el despojo que era, implorándole compasión; me era imposible. Clavándome las uñas en las palmas de las manos para no llorar, seguí insultándola. "Pero, compréndeme, Jorge", dijo ella confundida, "no soy una nifomaníaca, como dices, sólo ansío estar satisfecha conmigo misma un poco antes de morir. Tú no eres lo que necesito, no lo has sido nunca. He estado a tu lado desde que te conocí, sólo porque me inspiraba lástima tu pobre vida de animal dañado, te quiero, sí, inmensamente, pero no como un marido, sino como a un hermano que sufre mucho. Estoy encadenada a tí por tus mudos llantos de pelele y tus balbuceos trémulos de cobarde arrodillado,

tu boca llena de silencio triste y tus ojos heridos, me han atado hasta ahora, pero ya no puedo más. La vida pasa tan rápidamente que no se puede vivir disconforme: es un suicidio horrible, me estoy ahogando, enloqueceré si sigo a tu lado. ¿No puedes comprenderlo?" "¿Yo no te importo nada, Lali?, ¿el niño tampoco?". No contestó. Terriblemente cansado avancé hacia ella. Sonrió. "¿De qué te ríes?", le pregunté casi dulcemente. "De ti" respondió impasible. Y agregó con crueldad: "¡Te ves tan ridículo cuando te pones serio!".

Cuando dejó de agitarse entre mis manos hechas fieras ciegas, un silencio hondo y extraño cayó sobre el cuarto; y entonces comprendí, aterrado, que un muro de tiempo nos separaba para siempre. Después recuerdo que el pequeño Cristián gritó, abrazándose a ella desesperadamente, como aferrándose a las cenizas de una esperanza. Pero ni su desgarrante grito ni sus primeras lágrima de sangre la conmovieron, a ella, la pobrecita, jamás la conmovió el dolor ajeno.

Desconocidos, hombres de rostros duros me acosaron después. Lo primero que me preguntaron fue que por qué la había matado.

—Se iba a ir— les dije, sin ánimo.

—¿Qué le habías hecho tú?

—¿Yo?, nada, quererla.

Se rieron. Uno de ellos, alto, sombrío y un

poco olor a vino, me miró fijamente. Luego aseguró con acento cruel:

—La mataste, luego, no la querías.

—¡No, no!— protesté —¡Eso no!. Yo la amaba: ella corría por mis venas en vez de sangre: era todo para mí.

—Nadie mata lo que ama. ¡Es estúpido!

—¡La quería, la quería!— grité con desesperación.

—¿Entonces, por qué escogiste el vacío?

—¡Me iba a dejar, se iba a ir; quería abandonarme para siempre! ¡La rogué tanto!

—¿Pero no te dabas cuenta, estúpido, que al matarla la perdías definitivamente? ¿Que no la verías nunca más? ¿No lo comprendías, perro asesino? La asesinaste porque hirió tu orgullo de macho, al dejarte de lado por otro. ¡Por eso y nada más! No la querías.

—¡Mentira!— rugí.

Me pegaron en la boca, ordenándome que hablara sólo cuando me lo mandaran.

Pero no quise hablar más; era demasiado espantoso lo que decían. Sentí como si tuviera una bomba de tiempo en el pecho, una bomba que iba a estallar de un momento a otro, haciéndome mil pedazos.

Comenzaron a golpearme. Lo último que es-

cuché fue: '¡Pueda ser que te fusilen, por estúpido!' Luego, nada.

Después me vi caminando por un pasillo largo y helado.

Llegue a la celda totalmente aniquilado, deshecho. Me senté en el camastro y dije lo más fuerte que pude:

—¡La quería!

Todo permaneció frío e inmutable. Entonces lloré, sin darme cuenta siquiera de que estaba llorando. Me lo querían quitar todo; pero era imposible. La maté víctima de un violento choque emocional. Recuerdo ahora, que en ese momento sentí algo como un agudo dolor físico. Si hubiese meditado un poco, aunque hubiera sido sólo un minuto, estoy seguro que no lo habría hecho. Porque no hubo deliberación, fui arrebatado, invadido, dominado por una incontenible marejada de odio. Fue un acto involuntario, que no borró de ninguna manera el amor que sentí siempre por ella. No fui yo consciente, fue otro el que apretó su cuello. Todo es muy intrincado, todo se revuelve y apelotona en mi mente, pero en lo más profundo de mi yo, sé que la única razón de mi crimen, es que lo hice porque quería conservarla. No, jamás podrán despojarme de todo: la quería con toda mi alma.

.....

Pasó el tiempo. ¿Un día?, ¿dos?, ¿un mes?, ¿un año?. No tiene importancia. Pasó el tiempo y estoy aquí; eso es todo.

Las cuatro paredes: duras, inanimadas. Terriblemente inanimadas. Yo en medio de ellas; afuera el mundo. Se terminó todo. ¿Por qué?. Salgo de mí y me miro: rostro angustiado, pelo revuelto, manos temblorosas. Dentro, nada: el vacío. Se terminó todo. Ni lluvia, ni sol, ni risas, ni anhelos. Nunca más pantalones nuevos, cambio de camisas, lustrado de zapatos; nada de eso nunca más. Aniquilamiento total. Súbitamente me he convertido en una cosa. No valgo nada. Sin embargo no estoy triste ni amargado, será porque ya no tengo ninguna clase de esperanzas y el motor de la existencia es el esperar algo. Cierto que el hombre traicionado y despojado de todo lo terrenal, como yo, tiene a Dios: es una hermosa solución, pero a mí no me sirve. Siempre lo oí nombrar, pero jamás logró penetrar bajo mi piel. Al que no le importa que haya más allá de la vida, no le es necesario Dios.

He llegado, pues, al final de mi vida. No sé lo que harán conmigo, quizás me fusilen, quizás no; pero da lo mismo. Algo se extinguió dentro de mí al desaparecer Lali de mi lado, dejándome espantosamente vacío. El camino que me trajo hasta este estado de completa inesperanza, fue ab-

surdo, cruel, incomprensible. Arrastré desde mi nacimiento un deseo infinito y humilde: quería vivir. Pero lo monstruoso, es que este humanísimo anhelo jamás llegó a concretarse. Por una u otra causa fui llevado siempre por un camino amorfo y gris en el que nunca me sentí realizado. En la clemencia o en la brutalidad de mis actos, cuando bailé borracho frente a las llagas abiertas de mis hermanos heridos, o cuando vacié la inmensa ternura de mi corazón sombrío sobre las manos temblorosas de los desamparados, obré siempre determinado por factores casi independientes de mi voluntad, como un esclavo mandado, interminablemente, de un lugar a otro por cien años diferentes. Ferreamente cogido por la atávica necesidad de vivir con el mínimo de sufrimiento posible, fui sólo eso: un esclavo. Decir que pude y debí dejar a Lali en cualquier momento y rehacer mi destrozada vida, es una estupidez. Hay muchas mujeres en el mundo, mas, ninguna es como era ella. La mujer no es un mero hito en el camino del hombre, no es un elemento que llegado el caso puede ser olvidado y reemplazado por otro. La mujer que uno, verdaderamente ama, es un mundo entero y perfecto, es individual, única, irremplazable, que no se repite ni se trasmite a otra. Todos somos Universos regidos por leyes propias y particulares es por eso sue al morir la amada se muere para

uno el mundo y es por eso que en el amor no existe el olvido.

Por eso en que ahora, vaciado de lamentos y esperanzas, espero con tan espantosa tranquilidad mi desaparecimiento total y definitivo de este extraño y sombrío bosque de seres humanos.